

# Identidades colectivas y patrimonio cultural.

■ *Una perspectiva sobre la modernidad urbana<sup>1</sup>*

**Sergio Tamayo Flores-Alatorre<sup>2</sup>**

*Universidad Autónoma Metropolitana/Azcapotzalco*



El proceso de privatización, ya generalizado, que reduce la participación del Estado en ramas importantes de la economía y en áreas que anteriormente estaban destinadas al bienestar social, ha traído consigo la reanimación de valores, algunos muy tradicionales y conservadores que dan predominio a la condición privada sobre la pública, al individualismo sobre la colectividad, a la persona, aislada de la dinámica social. Estos valores se han aplicado poco a poco en casi todos los campos donde concurre el comportamiento humano: en el arte, en la tecnología, en la vida cotidiana y en la ciudad. Y es, precisamente, en esta última donde se ubica el contexto de la disertación de este trabajo, que se ocupa de describir la forma como los grupos sociales de escasos recursos han reconstruido una identidad colectiva distinta, a través de prácticas comunicativas cotidianas y de la forma de apropiación del espacio físico, que tiene como resultado un renovado espíritu ciudadano. Debo advertir, no obstante, que sería un error suponer que este nuevo carácter ciudadano proyectaría una actitud meramente individualista, o al contrario exclusivamente comunitarista, pues reflejaría, más bien de manera nítida, la particular y combinada visión de lo público y lo privado.

El argumento se desarrolla a partir de la experiencia comunitaria que contrasta fuertemente con la óptica individualista de otros grupos, principalmente de arquitectos, restauradores y empresarios que han buscado en el pasado la nostalgia de la ciudad señorial, virreinal, ocupada por la aristocracia y las clases pudientes. Inscrito en esta tradición, José Iturriaga (1988), historiador y diplomático, publicó en 1963 en la revista *México en la Cultura* un artículo sobre su visión del centro histórico de la ciudad de México y una propuesta para su rescate. El artículo causó mucho revuelo, al grado de que se

1. Este documento se presentó en el encuentro de USA, 1997, Guadalajara, Jalisco, como una revisión, ampliación y actualización de un borrador presentado por primera vez en: *The Cultural Patrimony of Mexican Inner Cities: towards equitable conservation policies and practices*. An International Research Workshop. University of Texas at Austin. Diciembre 1995.

2. Investigador del Área de Estudios Urbanos, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco. Correo electrónico: stf@hp9000a1.uam.mx

registraron 200 intercambios periodísticos a causa de tan controversial tema iniciado por Iturriaga. Planeaba éste rescatar el centro para darle otra vez a la ciudad su perdida *alcurnia* y el sentido de un verdadero *santuario precursor de la cultura europea* que “con orgullo nos (conduzca) a afirmar, rotundamente, que la ciudad de México posee el más viejo abolengo de cultura europea en las tres Américas [...]” Había sí que poner un alto, insistía, a la destrucción del centro histórico, justificada ésta por la ideología de la revolución mexicana *antieuropeizante* y *filoindígena* que excluía de su propia mezcla a la sangre española que a los mexicanos recorría por sus venas. Su utopía era la *Ciudad Museo*, sus calles sin vehículos, sus edificios homogeneizados en estilos, altura de fachadas y simetrías perfectas, estofes, armonizados arquitectónicamente, para lo que habría que vaciar de ahí a los casi indeseables habitantes de vecindades ruinosas y a los comerciantes no ligados a *la cultura o a la industria hotelera*. Era este un verdadero “grito de guerra urbanístico mediante el cual ha de exhumarse la Ciudad Museo [...]”.

El hecho relevante fue que la idea de ciudad museo fue archivada durante todo ese tiempo, debido a que la controversia alcanzó niveles de conflicto al interior del mismo gabinete del entonces presidente Adolfo López Mateos,<sup>3</sup> y durante toda la siguiente etapa en que México vivió sus últimos estertores de populismo y nacionalismo revolucionario oficial; pero solo para reanimarse con la entrada triunfal

del neoliberalismo, su fe en el libre mercado y en la acción de los particulares. “El centro tiene que ser devuelto a sus verdaderos propietarios” empezaron a decir a coro los empresarios. Los edificios históricos —algunos construidos durante el último cuarto del siglo XVIII, que hizo la alcurnia de la Ciudad de los Palacios y la convirtió en señorial, propiedad de la nobleza hechiza de la Nueva España, y otros, los más, levantados durante el siglo XIX— han estado rematándose a particulares, a empresas o a otras instituciones, como lo muestran las casas alineadas frente al costado oriente de la Catedral y el Sagrario Metropolitano, en el mero Zócalo, adquiridas por la Fundación Herdez, un empresario privado y la Universidad Nacional.

No es improbable que la *Ciudad Museo* de la etapa posmoderna sea una combinación de Ciudad Empresa y Ciudad Señorial. Empresa porque trata de conseguir por cualquier medio la rentabilidad de las acciones urbanas que se puedan llevar a cabo en el centro. Señorial porque abre la posibilidad de convertir en realidad la esperanza de algunos de hacer del centro un museo, en los mismos términos que Iturriaga, usado y disfrutado para quien pueda pagarlo. En general, se busca rescatar la ciudad tradicional, hacerla un espacio aristocrático, de estilo *borbónico* (sic), vivirlo con los antiguos modos de vida urbana, con una identidad *mexicana criolla* (sic). Habría que, para eso, regresar los edificios históricos a sus dueños originales, las clases medias altas, y redimirlos con la idea de *la casa casta*.<sup>4</sup>

3. Ver el capítulo de Iturriaga “Contribuciones para el rescate de algunos testimonios de un pasado capitalino”. En Isabel Tovar de Arechederra y Magdalena Mas (comps.) (1994). *Reencuentro con nuestro patrimonio cultural*. México: DDF, Universidad Iberoamericana y CNCA.

4. Esta visión fue ampliamente defendida por algunos de los asistentes al taller organizado por el Mexican Center de la University of Texas at

Austin denominado *The Cultural patrimony of Mexican Inner Cities: towards equitable conservation policies and practices. An international Research Workshop*. Diciembre 1995. La postura fue defendida principalmente por asociaciones privadas, empresarios en lo individual que habían tenido interesantes experiencias de adquisición y rehabilitación de inmuebles, y arquitectos restauradores. Una diferente perspectiva la

Arquitectos inscritos en otra visión de ciudad, más ecléctica, digamos en una posmoderna, entienden que el centro es producto de una mezcla de estilos y de procesos históricos, y que el rescate arquitectónico y urbanístico tiene que pasar por una óptica flexible, que mezcle y que evidencie los contrastes y la heterogeneidad. Teodoro González de León,<sup>5</sup> arquitecto de renombre, aclara lo anterior al explicar su proyecto de rehabilitación del edificio que acoge actualmente El Colegio Nacional, y que fuera construido por aquel famoso arquitecto Ignacio Castera a finales del siglo XVIII.<sup>6</sup> Para González de León es importante reivindicar, por sobre todas las cosas, *la ciudad iluminada*. Los edificios históricos, dice sin remordimiento, son lugares “oscuros, siniestros, húmedos e incómodos”, porque los usos y costumbres de otros tiempos eran distintos a los actuales, “habitar incluso en un palacio del centro es muy difícil: te mueres de frío y de tristeza”. Y continúa diciendo:

*(este edificio) era un convento de monjas de una orden muy severa, luego fue prisión, Suprema Corte, escuela de ciegos, Archivo de Notarías. Necesitamos reciclar el espacio con modificaciones fuertes pero seguimos, en la reglamentación, con la misma ceguera inmovilista que llevó al centro a su*

sostuvieron académicos, una buena parte eran geógrafos urbanos, arquitectos y científicos sociales. Su visión era entender la ciudad como una red de redes culturales, una mezcla de *conspiración, cultura y heterogeneidad*. La ciudad que mostraba una diversidad de identidades, históricas y contemporáneas, mezcla de las épocas prehispánica, colonial, decimonónica y moderna. El concepto utilizado era de ciudad viviente.

5. Entrevista realizada a Teodoro González de León: “La Ciudad Iluminada: Las posibilidades de la Luz”, en *Revista Artes de México, Número 1*, Nueva Época Otoño de 1988, Tercera edición, invierno, 1993.

6. Habría que acotar que el arquitecto Castera realizó a finales del siglo XVIII (cfr. Rodríguez Kuri, 1996; cfr. Morales, 1994) un plan de desarrollo urbano para la ciudad de México, cuya idea central fue limitar físicamen-

*deterioro. Hay que ser mucho más liberales con los edificios y entender que la historia los cambia de cualquier modo [...]. En la obra de El Colegio Nacional encontramos modificaciones de todas las épocas [...]. ¿Dónde debe uno detenerse si quiere reconstruir? Pues simplemente donde resulta útil. Buscando un equilibrio lógico y pretendiendo hacerlo lo mejor posible [...]. Difícilmente será habitable el centro histórico si no irrumpe en él, con armonía pero con cierta violencia, la arquitectura de ahora y podamos dejar la huella de lo que somos [...].*

Nótese la diferencia de esta postura con la anterior, sobre todo por tener aquella una retórica conservadora y tradicional y, sin embargo, las dos coinciden en la necesidad de encontrar en la rentabilidad la respuesta a la rehabilitación del Centro Histórico, buscando en la privatización una salida viable a su degradación física, y entonces ambas operan en el sentido de Ciudad Empresa.

Lo que establezco a continuación es un enfoque de ciudad diferente a cualquiera de estas dos visiones, y me baso en una experiencia real. quede claro, antes que nada, que la ciudad y el Centro Histórico no pueden verse con los ojos de la *mexicanidad criolla, noble y señorial*. Ya no. Debe verse con esa perspectiva plural, luminosa, de González

te la zona urbana *ciudadana*, para diferenciarla de la población *indígena*, que se establecería en la periferia, por fuera de la ciudad. Esta visión fue alimentada recientemente por restauradores que han tenido que ver con la planeación urbana de ciudades “coloniales” como la de San Cristóbal de las Casas, en el estado de Chiapas, donde a raíz de las expulsiones de chamulas protestantes de su pueblo de origen, se han establecido en zonas periféricas a la ciudad, e *invadido* áreas y plazas públicas, así como atrios de las iglesias del lugar. La perspectiva de estos arquitectos ha sido la de “rescatar” la ciudad *criolla* y ciudadana: los indios, dicen, no pertenecen a ella. Cfr. restaurador Benito Artigas, “La ciudad de San Cristóbal”, conferencia en el seminario Café de la Ciudad, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, primavera de 1995.

de León, pero no con el ánimo de obtener por todos los medios la rentabilidad de la ciudad, o no necesariamente. Es posible, hoy, por el contrario, afirmar que los grupos sociales de bajos recursos son capaces de reivindicar una idea distinta de ciudad con acciones que tiendan a resolver su problema de falta de vivienda, con respeto al arraigo y a su derecho a habitar los centros históricos y que, en consecuencia, son aptos para reconstruir una nueva idea de modernidad. Han sido capaces de rescatar los inmuebles históricos de su deterioro, pero habitándolos con las comodidades requeridas de los tiempos actuales, manteniéndolos en condiciones inmejorables, parando la degradación histórica de sus viviendas, del patio y de su calle, y respetando al mismo tiempo la modernidad y la historia.

Se trata, en este trabajo, de presentar una visión distinta de modernidad urbana, a través de la descripción de los factores que intervinieron en la organización social de habitantes de inmuebles históricos reconstruidos en el Centro Histórico de la ciudad de México. Por eso mismo, también interesa conocer el proceso por el cual se construyó un nuevo tipo de identidad colectiva, que les permitió modificar su visión sobre los monumentos y obtener de su rehabilitación amplios beneficios. El estudio destaca, por consiguiente, la experiencia social vinculando dos temas, la construcción de identidades colectivas y el patrimonio cultural de la ciudad de México. Para ello expongo dos etapas de un mismo proceso de construcción identitaria.

El primero, en el que un grupo social va adquiriendo y reformulando una conciencia social e histórica, a partir de un objeto patrimonial que tiene un impacto fundamental en el espacio urbano.

El segundo, en el que la conciencia adquirida no se expresa perenne, como si fuese una identi-

dad permanente, sino más bien como actitud cambiante, que se sucede y modifica a través del tiempo de muy distintas formas y, en consecuencia, va impactando también las morfologías urbanas de la ciudad.

Así pues, preciso, el objetivo fundamental que me planteo es debatir distintas visiones de la modernidad urbana y de la participación ciudadana, al analizar los factores que intervinieron en dos etapas del proceso de construcción de una identidad colectiva e ilustrarlos a partir de un estudio de caso: la experiencia de la reconstrucción, adquisición y mantenimiento de los llamados monumentos históricos. El caso está delimitado geográficamente en la zona sur-poniente del perímetro B del Centro Histórico, después del sismo de 1985, en la cual destacan por su importancia cuatro actores sociales e institucionales: la Unión Popular Nueva Tenochtitlan-sur (UPNT-sur), el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, vinculados fuertemente en las gestiones con constructoras particulares y el organismo de Renovación Habitacional Popular, formado específicamente para llevar a cabo el programa de reconstrucción de viviendas.

Para describir este proceso formativo me he planteado explicar las transformaciones sufridas en la identidad del grupo en dos etapas específicas de su desarrollo: 1. Durante la construcción del movimiento social y en sus subsecuentes fases de persuasión y negociación con las autoridades; y 2. En la actualidad, con las características manifestadas 10 años después de la reconstrucción, para redimir aquellas identidades distintivas que se han recreado a partir de la interacción comunicativa cotidiana de sus habitantes, de la apropiación que han realizado sobre el espacio colectivo y privado, y sobre el arraigo cultural tan poderoso que los enquista a su territorio.

La información recabada proviene de distintas aproximaciones metodológicas, principalmente de tipo cualitativo, producto de técnicas de observación participante que realicé por dos años consecutivos, de 1985 a 1987. Además, para contar con información actualizada, realicé durante el último trimestre de 1995 entrevistas a profundidad apoyadas con la técnica de *foto-palabra*, que se realizaron tanto a miembros como ex-miembros de la organización, que habitaron en predios rehabilitados por los distintos programas de vivienda. La indagación obtenida fue complementada con trabajo de archivo de la organización y otros datos cuantitativos sobre las áreas geográficas estadísticas básicas (AGEB's) del INEGI<sup>7</sup> correspondientes a la zona de estudio.

### **El contexto: delimitación de la zona de estudio y del radio de influencia directa de la organización social**

El área referida está localizada al sur del Zócalo capitalino y abarca 46 manzanas. El radio de influencia de la organización puede establecerse con un límite norte en la calle República de Uruguay; al sur por la Av. Fray Servando Teresa de Mier; al oriente por la Av. Pino Suárez, y al poniente por el Eje Central Lázaro Cárdenas (ver Mapas 1 y 2).

El uso del suelo es mixto, con una combinación de actividades comerciales y de servicios (restaurantes, hoteles, almacenes, misceláneas, comercios variados zonificados por calles: eléctricos, dibujo y materiales para arquitectura, musicales, zapaterías, además de fondas, cantinas, cervecerías, pulquerías y baños públicos); de oficinas gubernamentales (edificios que durante el sismo sufrieron la mayor cantidad de daños por los niveles de altura que tenían, de 10 a 15 pisos); talleres y fábricas de costura e imprentas; bancos e instituciones financieras;

academias particulares principalmente de mecanografía y comercio, y vecindades, muchas catalogadas como monumentos históricos, con accesorias en planta baja usadas para pequeños comercios familiares, fondas, juguerías y misceláneas.

La organización de damnificados de esta zona surgió el 26 de septiembre de 1985, a partir de contactos informales entre vecinos de dos edificios: Isabel La Católica 93 y Regina 27, después se fueron ampliando a otros edificios hasta conformarse, primero, en la Unión de Inquilinos y Damnificados del Centro agrupando 60 vecindades (unas 900 familias que sumaban cerca de 5 mil 400 personas), que posteriormente se convirtió en la Unión Popular Nueva Tenochtitlan-Sur (UPNT-SUR). De este número de inmuebles, únicamente 36 se beneficiaron con el decreto expropiatorio del mes de octubre de ese mismo año, esto es, alrededor de 540 familias (tres mil 240 habitantes).

La composición socioeconómica de la población, hace 10 años, mostraba una gran heterogeneidad en las ocupaciones laborales, había trabajadores dedicados a actividades de tipo artesanal en pequeños talleres, obreros de fábrica o de oficio —carpinteros, electricistas, albañiles, ebanistas—, pequeños comerciantes, empleados en actividades comerciales, de servicios y del gobierno. El nivel de ingreso oscilaba entre 0.5 y 2 veces el salario mínimo (v.s.m.).

Si tomamos la zona de influencia como unidad, las características socioeconómicas que hoy en día se presentan establecen patrones similares; sin embargo, al delimitarla por Áreas Geográficas de Estadísticas Básicas (AGEB's) y localizar territorialmente la influencia de la Unión por manzana, es posible distinguir áreas homogéneas más pequeñas que bien

7. Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.



19%), asimismo resalta la proporción del ingreso mensual entre 0.5 o menos hasta 2 v.s.m. (63 al 70%), mientras que la población que obtiene ingresos superiores a 5 v.s.m. es extremadamente reducida (de 3 al 7%). Pero si bien estas cifras nos dan una idea global de los patrones socioeconómicos de la población al sur-poniente del Zócalo capitalino, existen diferencias entre estos indicadores, aparentemente tenues por ser vistas en conjunto, que son particularmente interesantes si incorporamos una visión comparativa entre las AGEBS e incluimos la variable de la tenencia de la vivienda y la zona de influencia de la Unión. Así, podemos observar en los mapas 1 y 2 que existen al menos tres zonas que son distintas entre sí por los niveles de ingreso, el tipo de ocupación, el arraigo a la zona y a la propiedad de la vivienda.

Las áreas que se incluyen como influidas por la Unión cuentan con un porcentaje mayor de población nacida en la entidad, con un mayor número de viviendas propias y con salarios medios que fluctúan entre 2 y 5 v.s.m. Se localizan en estas áreas, población ocupada en empleos industriales y de servicios con un bajo porcentaje de trabajo por cuenta propia. Sobre todo importa destacar que el número de viviendas en propiedad están arriba del 30%, llegando en un caso al 51%, cifras que muestran el impacto del programa de reconstrucción después de los sismos de 1985.

La evidencia disponible ilustra además que las diferencias aparentemente minúsculas entre las AGEBS 088-A, 089-4 y 096-4 coinciden con las diferencias que la zona refleja en cuanto a imagen urbana, rescate físico de los monumentos históricos y el tipo de convivencia que los grupos sociales dentro de la Unión han establecido en su proceso de

construcción identitaria. De esto trataré en las siguientes secciones; no obstante cabría adelantar aquí, para contextualizar, que de las 60 vecindades integradas inicialmente en la Unión Popular, 36 se incluyeron en el Programa Fase I de Renovación Habitacional Popular, de las cuales 20 estaban catalogadas como monumentos históricos y el resto clasificadas para ser construidas como vivienda nueva y de rehabilitación. Este programa estableció primero una acción de expropiación por utilidad pública para después orientar las etapas de reconstrucción siguiendo prototipos de vivienda y normas técnicas elaboradas por el mismo organismo. De las 24 vecindades que no pudieron incluirse en la primera fase, la mayoría se incorporó después al programa Fase II de reconstrucción y tres de ellas, las más grandes, fueron reconstruidas como viviendas nuevas en programas financiados por organizaciones no gubernamentales (ONG) de carácter internacional. El Programa Fase II establecía, como prioridad, la compra por el organismo de vecindades o predios baldíos y ejecutar allí la construcción de viviendas nuevas siguiendo las normas de Renovación. Para el caso de los financiamientos internacionales el procedimiento seguía la aprobación de un expediente técnico que la Universidad realizaba en conjunción con la Unión, el que incluía el costo del terreno baldío, o de la vecindad en su caso, y el presupuesto detallado de la rehabilitación o construcción de vivienda nueva con base en proyectos técnicos y arquitectónicos. La diferencia que cada programa comprendió con respecto a la participación social tuvo que ver con las características en que se dio la gestión habitacional. En lo que respecta al programa Fase I de Renovación, la participación fue intensa desde el principio y en cada una de las etapas del programa, esto es, en los dictámenes técnicos de los daños, en la definición de



## I. La formación de la identidad y el patrimonio<sup>9</sup>

Un aspecto distintivo durante el proceso de reconstrucción después de los sismos de 1985 fue la formación de una identidad colectiva entre las víctimas del terremoto y los miembros de la organización social. Un primer factor fue la cercanía física de los participantes en un territorio más o menos delimitado. Otro, las etapas que se fueron dibujando a lo largo del proceso y que determinaron la veta de su identidad. George Hebert Mead (1972) establece que la identidad es un proceso constante formado por la construcción del Yo a través de la relación del ello y el super-yo. Esto es, un Yo producto de las experiencias personales de los individuos en su devenir histórico particular, en su interacción social y en la interiorización de los estímulos externos, que son asimilados, asumidos y modificados por el individuo. La óptica de Mead se organiza desde la psicología social, pero es posible desde ahí explicar formas socialmente definidas. La identidad se obtiene, por un lado, a través de la acumulación dialéctica de experiencias individuales y colectivas, que forman el *stock* cultural de la persona, ya que se apropian y modifican por medio de las relaciones sociales y, por otro lado, de aquellos aspectos externos que podríamos clasificar como factores precipitantes y

creencias generalizadas, que impactan desde fuera.<sup>10</sup> Si partimos de esta premisa, entonces la identidad que el grupo social asumió durante la reconstrucción no fue, ni mucho menos, homogénea o idéntica para todos los integrantes de la Unión Popular Nueva Tenochtitlan, pero en cambio sí es posible identificar algunos aspectos comunes estructurados en cuatro fases más o menos definidas.

**1a. fase.** Una peculiaridad de la zona había sido, desde muchos años atrás, la intensa experiencia de sus habitantes en la lucha por permanecer en los barrios ubicados en esta parte de la ciudad. Antes del sismo, algunos habían resistido de manera individual el desalojo inquilinario y, por eso, cuando poco antes del terremoto se elevó el centro a la categoría de Patrimonio Cultural de la Humanidad los vecinos se preocuparon, porque su particular historia había estado llena de amenazas de desalojos y de reubicaciones. Era lógico pensar que si se iba a rehabilitar el centro sería con un proyecto calculado para el auge del turismo y no para sus habitantes, quienes quedarían al margen del desarrollo. Durante mucho tiempo sus residentes decían pertenecer, más bien desorganizadamente y con cierto oportunismo, al Partido Revolucionario Institucional, quien repartía a veces despensas y en otras ocasiones juguetes para los niños en Día de Reyes.

9. Este apartado lo elaboré apoyándome en ensayos y reflexiones mías editadas en: Tamayo, Sergio (1988). *Democracia en la ciudad desde los barrios*. En Alfonso Iracheta y Alberto Villar (coords.) *Política y Movimientos sociales en la ciudad de México*. México: dof y Plaza y Valdés; en Tamayo, Sergio (1989). *Vida Digna en las ciudades*. México: UAM-A y Gernika, capítulo sobre el movimiento de damnificados; en Tamayo, Sergio (1989). "El programa de Renovación Habitacional Popular (análisis sin eufemismos)" en *Revista Ciudades No. 1*, enero-marzo 1989. Ver también el texto reciente de Serna, Leslie (1995). *¡Aquí nos quedaremos...! Testimonios de la Coordinadora Única de Damnificados*. México: UIA y UNVO.

10. Los factores que influyen en la definición identitaria han sido establecidos por varios autores con algunas variaciones, pero en general se asume que aspectos estructurales, como la particularidad que adoptan en cada lugar un cierto modelo de desarrollo capitalista, se deben conjuntar con experiencias culturales de los individuos a nivel de su vida cotidiana. En estos dos niveles son importantes la posición social y los roles derivados, o el comportamiento vinculado a tales posiciones sociales, así como las creencias o ideas externas que influyen en la motivación para la acción: cfr. Tamayo S. (1996).

La actitud de este partido, durante los supuestos desalojos, fue ambigua, pues les ofrecía apoyar sus juicios de desahucio contra los propietarios pero nunca trató fehacientemente de proteger el interés social en este conflicto. La actitud de los habitantes se balanceaba entre la expectativa real de un desalojo o la esperanza de que no pasara nada por "la gracia de Dios". Mientras tanto, los edificios donde vivían se deterioraban con el paso de los días, por la falta de mantenimiento de quienes eran los dueños, esperando sin éxito que la miseria hiciera mudar a sus inquilinos. Ante esta situación los pobladores realizaban reparaciones hechas, evitando gastar elevadas sumas de dinero por la sentida inseguridad de la tenencia de la vivienda, las que perderían inevitablemente al ser desalojados.

2a. fase. Definida por el factor precipitante que lanzó literalmente a sus habitantes a la calle, pero también hacia una solidaridad poco conocida hasta entonces. Efectivamente, con el terremoto de 1985, cientos de vecindades ya deterioradas por el tiempo se convirtieron en ruinas en el transcurso de unos cuantos segundos. En relación al efecto social de la catástrofe, sobrevino una situación de *inpass*, los propietarios, muchos de ellos, pensaron que entonces surgiría la oportunidad de "liberar" sus predios. El gobierno estaba más preocupado en el conjunto del desastre, que incluía tanto a las viviendas destruidas, como también a muchos edificios de otros usos, entre ellos, el trágico resultado del Centro Médico Nacional y del Conjunto Habitacional Tlatelolco. El INAH, quien a la luz de lo acaecido y por su experiencia contra antiguos propietarios que deseaban demoler sus construcciones para especular con estructuras más modernas y de mayor densidad, se apresuró a marcar los edificios históricos pegando carteles amarillos en las fachadas correspondientes que decían que tal o cual era

monumento y no debía demolerse ni desmantelarse, porque era propiedad de este Instituto. Esta acción evitó que muchos monumentos fueran demolidos por sus dueños, aprovechándose de la situación, pero generó una mayor confusión tanto de los propietarios como de los inquilinos, por la carencia de información: "¿El INAH es ahora el propietario de mi inmueble?" se preguntaban los propietarios. "¿Ahora sí nos lanzarán? ¿nos quitarán las casas?" decían angustiadamente sus habitantes.

Para pena de los propietarios y alegría de los inquilinos, vino después la expropiación de predios y con ella el Programa de Renovación Habitacional Popular y las diferentes etapas de la reconstrucción (cfr. Tamayo, 1989b). Situación que generó muchas expectativas en la población beneficiada por la expropiación, y por la efervescencia creada en esos momentos, pues tenía ante sí la posibilidad de ser dueños, pero ¿de una casa nueva o de una vieja? Unos no querían perder sus casas antiguas y su espacio vital, aunque su inquietud, más bien, era por la incertidumbre de no saber a dónde los mandarían; algunos manifestaban su preferencia por la casa nueva, aburridos y hastiados de tantos años de miseria, podredumbre y hacinamiento humano, en edificaciones depauperadas pero que mantenían la "rimbombante" etiqueta de *Monumento Histórico*. Estos vecinos comenzaron a expresar un justificado desprecio a la *historia*, porque si *la historia* había sido cómplice de su vida miserable pues *¡al carajo con la historia!*: "queremos lo nuevo, lo moderno, no queremos vivir más en la maldita vecindad, queremos el condominio", decían con ferviente pasión. Y entonces se desnudaba la realidad, se desvanecía en el aire la imagen romántica, *populachera*, de la vecindad del quinto patio. Resurgía otra vez la amalgama entre el repudio a lo histórico y la manipulación co-

mercial de que el *status* lo da el condominio. La vecindad es de los pobres, el condominio de la clase media. Salieron a la superficie los resentimientos de tantos años de violencia social dentro de los espacios reducidos de la vecindad; en los lavaderos, en el patio, de las riñas infantiles, el chisme que convertía amigos en enemigos a muerte, los embarazos prematuros, la drogadicción, y muchas más *disfunciones* causadas por el desempleo. Estaba pasando lo que Marshall Berman (1988) explica al iniciarse la renovación del Bronx en la ciudad de Nueva York, con los proyectos urbanísticos de Robert Moses, cuando algunos de sus habitantes decían: “¿Que van a destruir al Bronx? ¡Bien! cuanto antes mejor, yo lo que quiero es salir de esta inmundicia, quiero movilidad social, quiero modernidad”.

A esta ambivalente situación se sumaba, además, otra realidad: las *mejoras* —si se le podía decir así— de las edificaciones que habían hecho los propios vecinos, algunos con materiales de desecho, como láminas de cartón, pedacería de madera y plásticos, pero otras, estaban construidas con tabiques y hasta con concreto, que salían amenazadores por todos los poros del edificio y le hacían perder su fisonomía *original*; los monumentos que otrora formaron la ciudad de los palacios se convertían, amontonados, en un conjunto de columnas, muros cuarteados y vigas apollilladas que daban cobijo a la miseria. No obstante, eran *adosamientos* con los que ganaban un poco más de espacio, 50 cms<sup>2</sup> para guardar *triquis*, o para acomodar apenas una estufa de gas. No debe extrañar entonces que la respuesta inmediata de muchas familias fuera de desprecio a lo antiguo y el deseo por la casa nueva.

**3a. fase.** Como resultado de ese momento de incertidumbre, confusión y de los primeros sentimientos encontrados, se dio una paulatina y sistemática toma de conciencia colectiva del significado, no so-

lamente de la vecindad y del monumento individualizado y olvidado en algún archivo histórico, sino del conjunto de edificios alineados que constituían sus calles, el barrio y, poco después, la totalidad del Centro Histórico, y que se sintetizaban en su propia vivienda. ¿Cómo se dio este proceso? Pasó precisamente lo que Alberto Melucci (1989, 1996) define como la constitución de redes de significación, que son formas de interacción entre los participantes de un movimiento, de un espacio creado por ellos donde se fueron confrontando diferentes interpretaciones y experiencias tanto individuales como colectivas. Se dio aquí lo que el autor entiende como el polo latente, redes escondidas de solidaridad a partir de procesos intensos de auto-reflexión y de producción de códigos culturales y simbólicos.

En tal proceso participaron varios actores: en primer lugar, la influencia de arquitectos y antropólogos asesores de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco fue decisiva, porque éstos abrieron un espacio de reflexión a través de discusiones realmente democráticas con los vecinos, preguntándoles sus verdaderas inquietudes, sus ideales de la casa y de la convivencia, y argumentando con ellos las posibilidades, las alternativas y los mecanismos que apoyarían la gestión con las autoridades. No obstante, los investigadores universitarios fueron, asimismo, cambiando sus códigos y sus conceptos sobre la reconstrucción, la renovación del centro y la rehabilitación de inmuebles. Se fueron descomponiendo valores viejos y empezaron a ser parte, junto con los moradores, de la formación de la nueva identidad.<sup>11</sup>

11. Para profundizar en la relación universidad-residentes véase la tesis de maestría en Antropología Social de Arturo Alavid: “Historia de la Unión Popular Nueva Tenochtitlan-Sur”, Universidad Veracruzana, 1997.

En segundo lugar estaban los líderes de la organización. En esos momentos, la relación entre ellos y los participantes era considerablemente estrecha. La fusión de ambos niveles estaba dado por una incuestionable confianza de los seguidores hacia sus representantes porque éstos habían demostrado trabajo, dedicación y honestidad. Cualquier decisión que los líderes hubieran tomado podría haber sido asumida como una línea de acción inobjetable; aunque las ideas de éstos sobre los monumentos históricos en esa coyuntura no era muy clara, sabían que un resultado positivo en la gestión sobre la reconstrucción significaría ubicar al movimiento social como uno ciertamente exitoso, y que su influencia podría rebasar los límites del Centro Histórico atrayendo hacia sí a un mayor número de familias trabajadoras de colonias aledañas. Como en todas las organizaciones independientes de damnificados, los dirigentes pertenecían a partidos políticos de izquierda (cfr. Serna, 1993), que buscaban, por consiguiente, a través de su dedicación, una recompensa política, pero entendida ésta como la ampliación de su influencia hacia aquellos grupos sociales que les interesaban y que encaminarían a acercar el imaginario de su realidad a las propias utopías. Compenetrarse, entonces, en una situación compleja, con grandes dificultades en la gestión, por la necesidad de financiamientos complementarios y contratiempos en la definición de los proyectos arquitectónicos, no era un camino que facilitara sus objetivos políticos. Entonces, destacó sobremedida el proceso de discusión que se abrió entre asesores, líderes y comunidad, lo que permitió modificar la idea inicial de los dirigentes, cercana a la visión de Renovación Habitacional, de demoler los edificios sin ninguna consideración para luego construir casas nuevas, porque lo realmente importante era la consecución de las metas socia-

les inmediatas que llevarían al éxito político. El fin justificaba los medios. Empero, tal idea fue modificada y sustituida por otras, de una primera en que los vecinos se trasladarían a otros predios de la zona, habitando casas nuevas, hasta adoptar finalmente la defensa colectiva de los inmuebles, la búsqueda de financiamientos complementarios y las adecuaciones funcionales de las plantas arquitectónicas. Los líderes transformaron así sus criterios por vía de la interacción simbólica tanto con los participantes como con los asesores.

Un tercer actor lo constituyeron los habitantes de los predios y los participantes del movimiento. Las posibilidades para conseguir una casa se alejaban cada vez más de las calles y los barrios donde por muchos años habían vivido. Además, pensaban en las diferencias de superficie por vivienda, que en ciertos casos duplicaba y a veces triplicaba la planta de una casa nueva, y con la eventualidad de aumentar todavía más el área útil si colocaban tapancos en los cuartos que contaban con dobles alturas. La diversidad y posibilidades en el diseño fueron entendidas conforme se discutían colectivamente las propuestas arquitectónicas de la Universidad, y a través de ese intercambio el conocimiento del edificio fue acumulativo, haciéndose más significativos sus valores estéticos, simbólicos e históricos. Es extraordinariamente ilustrativo el evento que la UPNT-sur, la Universidad y el sindicato del INAH, así como otras organizaciones del centro, llevaron a cabo en defensa del Centro y de los monumentos históricos. En este evento, vecinos de diferentes predios acudieron a expresar sus experiencias. Ejemplar fue la participación de las vecinas del callejón de Tizapán, un barrio temido por haber sido considerado territorio de delincuentes, a través de la cual mostraron los cambios profundos ocurridos en su identidad: "Queremos casas no museos" exigían,

pero en el contenido de la demanda llevaban implícito la defensa de su derecho a habitarlo y a usarlo socialmente.<sup>12</sup>

Un último actor en este proceso lo fueron, desde luego, el INAH y los funcionarios del Programa de Renovación Habitacional. Entre estos dos organismos se dieron ásperas discusiones pues las estrategias delineadas por ambos tomaban caminos separados. Lo que quería Renovación Habitacional era simplificar el problema, pero por el contrario, lo único que hacía la incorporación de los edificios históricos al programa de expropiación era complicarlo. Para este organismo, el INAH empeoraba las cosas pues quería ajustar la reconstrucción a sus bien conocidas normas, rígidas e inflexibles. No entendía que la reconstrucción implica un profundo conocimiento de las contradicciones sociales y políticas que hay que resolver y controlar. Renovación Habitacional en algunos momentos se acercaba a las posiciones de las organizaciones sociales cuando criticaban la cerrazón del INAH aferrándose a sus normas de rehabilitación arquitectónica. En el lado contrario, estaba el propio INAH, que veía en el decreto de expropiación de predios un afortunado procedimiento para salvar del deterioro a un número importante de edificios. El problema es que la rehabilitación de estos inmuebles requería dinero adicional, que el Instituto no tenía por ser un organismo normativo y no ejecutivo. A este nivel, el INAH se acercaba más a las propuestas de las organizaciones sociales, que demandaban la extensión del presupuesto para los casos catalogados como históricos. Pero se alejaba de ellas cuando quería imponer su visión acrílica esteticista de la rehabilitación. Para este organismo, el movimiento de damnificados fue su primera y más impactante experiencia de restauración tanto por su gran escala como por el conflicto social que le causó.

Así fue el proceso en el cual se definieron las estrategias socio-espaciales y sus actores fundamentales. Nótese aquí el cambio en los códigos, con los cuales se invirtieron los papeles: quienes pasaron a ser defensores intransigentes de los inmuebles fueron los propios habitantes, usuarios de esa historia concreta. La conciencia adoptada creó un gran respeto por las edificaciones, pero no uno a ultranza, acrílica de la piedra insensible y vana, sino un respeto que se tejía con la defensa de lo digno. Esto es, se reivindicaba por sobre todas las cosas la necesidad social, al ser humano sobre la piedra-museo, al uso social racionalizado sobre el edificio como cosa, sobre el edificio como mercancía y especulación. Esta evidencia muestra las grandes diferencias de percepción entre los habitantes, el INAH y Renovación. La propuesta oficial original era la misma que planteaba Iturriaga, desalojar los monumentos históricos. La casa nueva podría entonces convertirse en *la casa casta*. La coyuntura serviría para, al fin, tener esos edificios deshabitados, para una supuesta rehabilitación posterior y cambio en su uso. Idea irreal desde la óptica conservadora, pues lo que muestran diversos testimonios es que los edificios que fueron desalojados, como el de Callejón de Nezahualcóyotl s/n u otro en Tizapán No. 13 y otro más en San Jerónimo 70, se vinieron abajo en cuestión de días, los entresijos se desplomaron, las escaleras se deterioraron, las ratas se adueñaron del lugar y se acomodaban con uno que otro vagabundo y lúmpen. Seguramente el INAH y Renovación aprendieron la lección: si los edificios habían podido mantenerse en alto fue por el uso cotidiano que le habían dado sus habitantes, a pesar de su pobreza y los altos costos que implicaba dar man-

---

12. Cfr. Arturo Alavid, *op.cit.*

tenimiento a construcciones de este tipo. Quedó claro así, que a pesar de la espontaneidad de los vecinos al reparar las averías de sus casas o al construir adosamientos para acrecentar su reducido espacio o para mantener en relativo *buen estado* las vecindades, los edificios históricos se mantuvieron en pie por el uso social que le daban.

En esta etapa, caracterizada por la creación de fuertes redes de significación y de confrontación de diversas estrategias socio-espaciales, los pobladores organizados ganaron la batalla, aunque no impusieron desde un principio la totalidad de su estrategia, explicado en parte porque ésta fue también cambiando por los vigorosos procesos internos de interacción social. Sin embargo, un hecho es la definición cultural de las estrategias y otro los factores determinantes, externos e internos, que produjeron el cambio. Las posibilidades de éxito del movimiento se debieron a la conjunción de varios elementos: en primer lugar la aguerrida defensa de los edificios por sus habitantes, para mantener el arraigo al barrio y a la casa. En segundo lugar, la escasez de reserva territorial en el centro que impidió objetivamente desalojar a todos de los monumentos históricos. A lo anterior, se añadió que el costo de la rehabilitación era bastante mayor al costo por metro cuadrado de las construcciones nuevas. Todo eso se mezcló de forma contradictoria.

En el intenso flujo de tensiones creadas en la gestión, los vecinos lograron que se incluyera el artículo noveno, el último, al convenio de concertación que fue firmado por organizaciones sociales y representantes del gobierno y pactar el Programa de Renovación Habitacional. En el citado artículo, el gobierno se comprometía a financiar el costo excedente de las rehabilitaciones de los monumentos históricos. El acuerdo les daba posesión a los habitantes de los monumentos y permitía que el

INAH participara en el proyecto más ambicioso de restauración nunca antes realizado, tanto por el contenido social del programa y los recursos liberados, como por el número de edificios a restaurar, que de otra forma hubieran quedado, como se quedaron muchos otros que no lograron incorporarse al programa, en franco deterioro físico. Por último, le resolvía al gobierno el problema de la reubicación masiva de la población cuyos costos hubieran sido mucho mayores al beneficio finalmente requerido.

**4a. fase.** La legislación es resultado de conflictos sociales y políticos. Ninguna ley o reglamento es producto de acciones unilaterales. La sociedad es producto de un contrato social y moral, lo ha dicho Durkheim, pues representan el consenso de la población por sus instituciones; en otros términos, la hegemonía, como diría Gramsci, es el resultado de la confrontación y la controversia. Las leyes, estatutos, convenios o reglamentos establecen derechos y obligaciones de los ciudadanos, pero éstos no se garantizan únicamente por estar contenidos en un documento legal, los derechos ciudadanos para su disfrute tienen que ser ejercidos. Y en el ejercicio de esos derechos se presenta de nueva cuenta el conflicto de intereses, la lucha de clases, la confrontación entre grupos (*cfr.* Tamaayo, 1996a, 1996b). El pacto de Renovación Habitacional Popular mostró lo anterior. Esta era la situación cuando empezó la cuarta y última fase de este largo proceso, entonces, inició el enfrentamiento con el INAH. La visión de cómo rehabilitar los edificios reflejó dos posiciones encontradas: de nueva cuenta era la idea del *museo*, del rescate de la piedra, o era la perspectiva de rescatar la vida humana, o al menos, como dice González de León, adecuar las funciones modernas en las viejas edificaciones, y hacer la vida más placentera, *menos fría* y *triste*. Para el caso más circunscrito de la recons-

trucción, los proyectos necesitaban redistribuir las áreas internas para dar funcionalidad o amplitud a algunas viviendas, en ocasiones se requería reubicar familias que no cabían en la propuesta de reedificación, ya sea porque había que ampliar los espacios de vivienda, quitar o respetar adosamientos, y demoler o no algunas áreas inservibles. La propuesta de la Unión fue intentar conciliar el mejoramiento del edificio —aunque no fuera rehabilitado al 100% como lo fue hace uno, dos o tres siglos— con el bienestar de las familias dentro de las necesidades del siglo xx. Con esta idea, muchos edificios se incorporaron al programa. Por la insistencia de la Nueva Tenochtitlan-sur, se obligó a la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (SEDUE), a Renovación y al INAH, a revisar, rediscutir e incorporar las propuestas de los afectados que habían sido previamente acordadas con los asesores de la Universidad. El proceso fue difícil, con tensiones y roces evidentes entre los contendientes, pero se pudo llegar a conclusiones y opiniones que se modificaban y se complementaban entre sí. Al final, como resultado, en varias obras se concluyeron rehabilitaciones acordes a las necesidades de habitación de los vecinos, quienes participaron en la elaboración de los proyectos, argumentaron su validez y supervisaron la reconstrucción.

Lo anterior no fue suficiente para concluir con un final feliz. A pesar de todo el esfuerzo realizado, su desarrollo provocó profundas fracturas y divisiones entre vecinos de algunos predios; en ocasiones algunos habitantes en contubernio con contratistas demolían edificios enteros, en otras fue el mismo organismo de Renovación quien lo hacía para evitarse problemas estructurales y de financiamiento y, entonces, construir sobre sus escombros viviendas nuevas con fachadas que llegaron a ser verdaderos remedos de la historia, esto

último fue a causa de que el INAH insistió en nivelarlas a una sola altura, con ventanas y puertas exteriores que eran escenografía barata de las fachadas coloniales y decimonónicas. Todo el problema estuvo en que la política del INAH se había planteado la defensa de una identidad cultural enquistada en los edificios de la colonia, como si ese fuera el único sustento que le diera a los barrios su vitalidad. Su propuesta reincidía en el tradicionalismo y en el particularismo, oponiéndose a la avasalladora modernidad, fue como una lucha desesperada contra la ciudad, entendida como un organismo en descomposición, un inmenso laberinto sin salidas, ejemplo de una modernización viciada, devastadora de arquitecturas locales y producto de violentas urbanizaciones.

El problema que se dio alrededor del patrimonio cultural durante la reconstrucción fue un debate entre distintas significaciones sobre la modernidad y el tradicionalismo. Nótese, sin embargo, que paradójicamente a lo que pudiera pensarse, los pobladores fueron encontrando, aunque en forma desigual como la evidencia disponible lo demuestra, un punto medio en el que mejorar sus condiciones de vida, es decir, modernizarse, era apropiarse de las peculiaridades históricas de esa modernidad, tal como Berman (1988) argumenta en su relato de las transformaciones de la calle Nevski y su apropiación y reutilización por distintas clases protagonistas a lo largo de la historia de San Petersburgo. Lo que pasó en el Centro Histórico de la ciudad de México fue, en efecto, una forma de reajustar, reutilizar y reapropiar un espacio histórico por nuevos actores.

## II. La identidad cultural después de 10 años

Los estudios sobre los movimientos sociales, en lo general, priorizan sus etapas de nacimiento y de-

sarrollo como algo estático y definitivo, pero pocos análisis en México se han ocupado en obtener información comparativa entre distintos modelos de construcción identitaria o, como es la intención de este trabajo, de la forma en que longitudinalmente esta identidad se va transformando. Por consiguiente, la preocupación de esta reflexión radica en explicar los modos en que se manifiesta la cultura urbana de este sector de la población a diez años que fuera impactado por la agitada acción de un fuerte movimiento social y por un cambio sustancial en las condiciones de vida de sus habitantes, en el contexto de lo que fue la reconstrucción del patrimonio cultural en el Centro Histórico de la ciudad de México. La pregunta central que me planteo ahora es ¿cómo se han transformado esas identidades colectivas construidas en relación al patrimonio cultural edificado durante el proceso de reconstrucción y que fueron explicadas en el acápite anterior, en otra fase de su desarrollo diez años después?

Podría decir que se entrelazan aquí varias características sociales y culturales que aún prevalecen, por ejemplo: hay preponderancia en el uso mixto comercial del suelo y aún destaca la inexistencia de formas territoriales bien definidas que pudieran haber establecido barrios de tipo tradicional. A pesar de ello, el arraigo de la población a la zona fue y sigue siendo muy fuerte. Se pensaba en un principio que el hecho de que los inquilinos se convirtiesen en propietarios del inmueble provocaría un éxodo futuro de las familias originales, debido a la especulación del suelo y a la incorporación de sus viviendas al mercado inmobiliario. Los ejemplos de este trabajo muestran que no ha sido ésta la tendencia. Como antes, la población que allí habita muestra un importante arraigo a tres niveles: a la zona, al “barrio” y a la vecindad.

### **La zona**

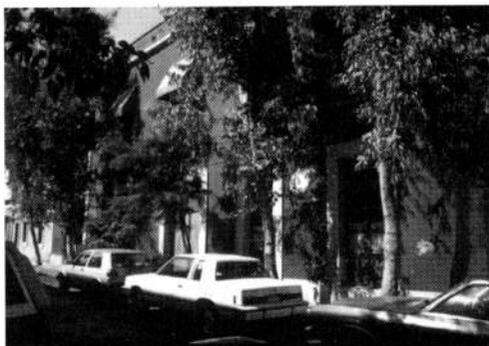
La población es heterogénea culturalmente, en el entendido de tradiciones y costumbres regionales, ya que configura todo un mosaico de experiencias acumuladas de inmigrantes que provienen de muy distintas regiones del país y que se han venido asentado en esta área. Es también heterogénea por las actividades económicas adscritas. En esta óptica, el elemento de integración lo proporciona una cultura que se ha reinventado en el espacio urbano, por la rutina de su vida cotidiana, la coincidencia de puntos de llegada y partida en lugares preestablecidos como la cantina, el puesto de jugos, el de los periódicos, la panadería y por la referencia directa del Zócalo, así como la cercanía de la distancia física y social que se alcanza por medio de los viajes cortos por los que surgen los encuentros espontáneos en la esquina, en la calle o en la plaza. Por eso no debe sorprender que la defensa de quedarse en el lugar de residencia se justifique por razones ya sea de empleo o por la cercanía de las escuelas donde se acostumbra llevar a los niños, o por el tiempo de residencia que ha llegado a los 40 y 45 años, o más, y en donde el uso de la vivienda se va traspasando por generaciones. Hay así una definición territorial precisa, pero a un nivel mucho más vasto —que aquella definición que se hace desde la vecindad donde se habita—, identificable con la zona sur-poniente del Zócalo, y que representa el primer nivel de arraigo de la población.

### **El barrio o la calle**

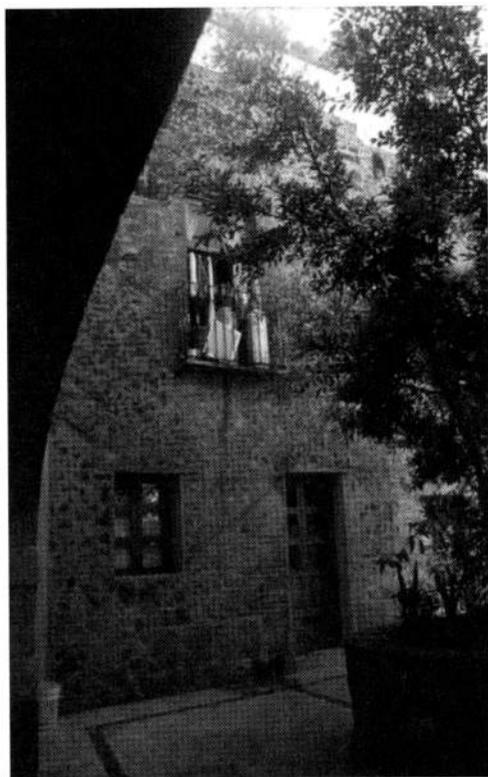
La constitución de los *barrios* se delimita territorial y socialmente, por ejemplo, el barrio de Tizapán, el Callejón de San Salvador el Seco, La Mansión. Hay otros que más que barrios se delimitan por calles como Regina, San Jerónimo, 5 de febrero y Echeveste. La población que se ubica dentro de estas



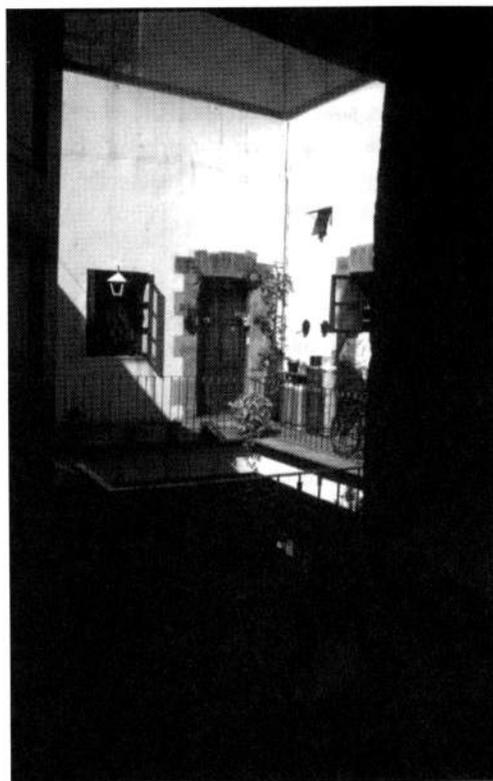
Vecindades alineadas en la Calle de Regina



Vecindades alineadas en la Calle de San Jerónimo



Interior de Isabel la Católica 95 ya rehabilitada



Interior de San Jerónimo 27 ya rehabilitada

demarcaciones se integra y se identifica por la residencia y por la existencia de pequeñas pero agresivas bandas juveniles. Grupos estos formados por los hijos adolescentes de familias que residen en el barrio o en la calle correspondiente, que están en constante confrontación con otras bandas de otros barrios o calles y en donde predomina la concentración de alcohólicos, drogadictos y lúmpenes. Un aspecto esencial en la diferenciación de barrios y calles en la zona, lo da el drástico cambio del paisaje urbano: en algunos casos, por ejemplo Regina —entre Isabel la Católica y 5 de febrero—, la rehabilitación de los monumentos no produjo una mejoría en la imagen urbana, que hoy, más bien muestra gigantescos montones de basura, aumento de la delincuencia y una atmósfera de agresividad. En otros, sin embargo, el paisaje se modificó notablemente por la restauración de las fachadas, la vegetación y la carencia de bandas juveniles, como San Jerónimo entre Isabel la Católica y Bolívar (Véase mapas 1 y 2).

### *La vecindad*

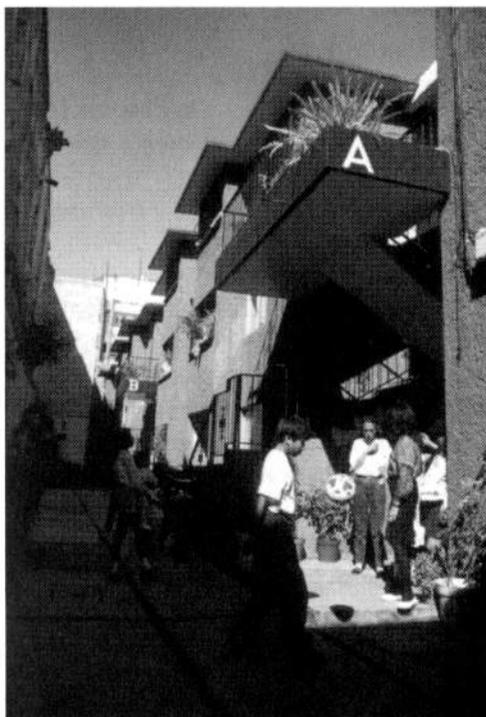
El arraigo a este nivel se da por el tiempo de residencia: la permanencia en la vivienda se defiende como tradición familiar, lo cual da lugar a resistencias de muchas familias a ser reubicadas, inclusive en otra vivienda de la misma edificación. Hace diez años, en la discusión entre vecinos prevaleció la idea de que el cambio de vecindad no iba a significar rupturas culturales, porque se cambiaba de casa pero no de zona, o de barrio. Hoy, no obstante lo anterior, aquellos edificios que fueron habitados por familias provenientes de distintas vecindades muestran fuertes fricciones y, por lo tanto, mayores problemas en la organización y en el mantenimiento del inmueble. Una hipótesis por comprobar es que estas familias, al estar desintegradas, experimen-

tan continuas tensiones sociales, que generan un impacto negativo sobre el espacio y el paisaje urbano, de tal manera que el deterioro del barrio o de la calle refleja, de alguna manera, el deterioro social de las vecindades localizadas allí. En cambio, los edificios con vecinos que han adoptado una mayor cohesión social interna, mejor organización y control sobre el mantenimiento de los edificios, son aquellos cuyas familias se quedaron a vivir en el mismo predio y, además, no cuentan con demasiadas viviendas, alrededor de 15 en promedio por inmueble, aunque hay excepciones. Esta relación se estrecha aún más por medio de los sistemas de compadrazgo existentes y que muestra una diferencia cualitativa con el ejemplo anterior. Si bien anteriormente se señalaba al vecino de al lado y a "la chismosa del *ocho*" como responsables de sus frustraciones, el compadrazgo y la identidad colectiva construida desde el movimiento social han venido complementándose para regenerar fuertes lazos de solidaridad. Combinación ésta que permite, si no evita del todo, dejar atrás rencillas cotidianas y sobreponer la ayuda mutua, primero ante el desastre y después para mejorar la calidad de vida.

Podemos observar, con lo anterior, que una tensión importante que se establece entre la identidad cultural y las fricciones sociales es resultado de las características del espacio físico. Anteriormente, durante el ciclo del movimiento naciente la transformación espacial fue resultado de la naturaleza del comportamiento colectivo, la definición de las estrategias socio-espaciales y la acción; lo que sucede hoy en día es una fuerte influencia del espacio sobre el comportamiento, que provoca en forma diferencial la constitución de otro tipo de estrategias socio-espaciales (*cf. Tomas, 1994*). Originalmente sugerí una hipótesis que hacía notar que los edificios mejor conservados, después de diez años,



Isabel la Católica 137, vivienda nueva construida con financiamiento de ONG



San Jerónimo 52, vivienda nueva construida con financiamiento de ONG

eran los monumentos históricos, debido principalmente a los beneficios del diseño arquitectónico, la correlación existente entre el espacio exterior e interior, y a la conciencia adoptada en el proceso por las bondades del lugar donde se vivía. Sin embargo, después de analizar con mayor detalle esta cuestión, me percaté que sería un error considerar esta hipótesis como una generalidad, ya que las viviendas nuevas también han sido conservadas con apremio, aunque no tanto las que fueron construidas por Renovación Habitacional sino, sobre todo, aquellas financiadas por Organismos No Gubernamentales (ONGS). En la óptica de este argumento, destaca que la diferencia es una conjugación de elementos: la tenencia de la vivienda, la participación y poder de decisión de los residentes en la elaboración de los proyectos que transformarían su espacio vital, el contar con un grupo reducido de familias, estos es, baja densidad habitacional, el arraigo y la cohesión interna.

Otra característica vinculada a la tenencia de la vivienda, se pensaba, era que las relaciones sociales dentro de la vecindad se deteriorarían en el momento en que los residentes se convertirían en propietarios, es decir, el *status* de propietario modificaría las redes sociales entre vecinos. Ciertamente, esto ha pasado también de manera diferencial en las vecindades del centro, pero no necesariamente se debe observar como una distinción negativa. Durante los años setenta y parte de los ochenta, varias organizaciones del movimiento urbano popular reivindicaron la idea de la comuna, basada no tanto en las experiencias históricas de la Comuna de París del siglo XIX, como en una versión localista y homogénea de la vida urbana de los pobres de la ciudad. En el fondo, esta propuesta se basaba en la creación de redes sociales e identidades restringidas que se fueran construyendo por diferen-

cia a la otredad, que generalmente era definida como el enemigo externo. La comuna implicaba, en sus prácticas, obtener en propiedad colectiva el suelo y la vivienda. El imaginario de estos grupos era que la población tendría que quedarse ahí, enraizada toda su vida en una feliz vida colectiva. El estudio de los procesos permiten explicar que los individuos van buscando estrategias de movilidad social y espacial. En el caso de la comuna la tenencia colectiva se fue convirtiendo en una jaula de hierro para las familias involucradas, en tal medida que las identidades colectivas se fueron transformando, hasta el punto en que la utopía comunitarista llegó a su límite. El error fundamental de esta visión es suponer que los grupos son socialmente homogéneos, y que el único rol que un individuo realiza en la sociedad corresponde mecánicamente a una y sola posición social. Esto tiende a confundir las diferencias de clase, étnicas y de género en una categoría uniforme. En contraposición, otra posibilidad se encuentra en el dilema de definir cuáles son los parámetros que pueden ser adoptados para explicar las redes de solidaridad en una perspectiva clasista, étnica y de género. Para ejemplificarlo de alguna manera: la percepción de la ayuda mutua, la solidaridad y el sentido de colectividad no ha sido la misma, en nuestro caso de estudio, entre hombres y mujeres. Nótese la diferencia de acepción acerca de la cercanía social que existía antes de la reconstrucción de 1985 en la siguiente conversación:

– “No había necesariamente unión —me dice una vecina— porque no había necesidad de mantener bonita la vecindad, porque nadie era dueño”.

– “Pero si la manteníamos —respondió un vecino— cuando surgía algún problema de cambiar la viga o algo”.

– “Apuntalaron nada más —dice socarronamente la mujer—. Era por la urgencia, porque ahí vivía-



Patio interior, Isabel la Católica 93

mos, eran *nuestras casas*, *nuestros cuartos*. La verdad es que había más pleitos antes. Entre la hermana de mi comadre Lulú siempre estábamos peleando”

– “Yo pienso que había menos —vuelve a señalar el vecino— ¿Y de las fiestas que hacíamos? Salíamos, *chupábamos*, convivíamos más, allá abajo (en el patio) ¿y”ora? casi no”.

– ¡Convivían los hombres! Ahora la convivencia es más pareja.

–Yo creo —dice otro— que la unión de esta vecindad es porque es un predio chico, somos 14 familias, vivíamos juntos todos, todos nos conocíamos. En otros predios han tardado más en conocerse.

Este breve extracto de la entrevista nos muestra varias facetas. *Primeramente*, derrumba la idea de que la solidaridad y la vida colectiva de los individuos en la pobreza es una cualidad en sí misma. En esta visión, Larissa Lomnitz (1989) muestra magistralmente que los pobres resuelven sus problemas al utilizar una amplia red social, sustituyendo medios institucionalizados que no les sirven para alcanzar sus metas —cultural y socialmente definidas, como lo explica Merton (1995)—, adecuándose así a otras *alternativas funcionales* para sobrevivir. Pero

estas formas que son derivadas de la pobreza y de la frustración no necesariamente son la base de la transformación social. La antropología cultural que hace apología de estas formas localistas y restringidas reivindican, en última instancia, la verbigracia de la colectividad forzosa y justifican de tal manera la cultura de la pobreza. *En segundo lugar*, cuando aquel hombre dice que sí había convivencia porque *chupábamos abajo* y la mujer le recrimina diciendo: *¡chupaban los hombres!*, demuestra que el significado de la solidaridad no es la misma para unos que para otros. Los hombres se identificaban en el alcohol como una forma de retraimiento, mientras las mujeres establecían cotidianamente redes de solidaridad de otro tipo que les traían beneficios concretos (*cf.* Lomnitz, 1989), pero la perspectiva de estas mujeres fue similar, haciendo una audaz analogía, a la que muchas otras indígenas tzotziles de Chiapas tienen sobre sus maridos y del cúmulo de litros de aguardiente que consumen. Para las tzotziles la *alternativa funcional* fue su conversión a la religión protestante, que aunque anglo-sajona y conservadora, les permitía construir otro tipo de relación familiar. Para las vecinas urbanas del centro, esposas de trabajadores establecidos en el mercado laboral formal, el cambio vino después de la participación y del éxito en su gestión, al transformar su espacio vital. *En tercer y último lugar*, la calidad de la relación la determina el tamaño del grupo, lo que revela que formaciones colectivas muy grandes pueden tener impactos cuantitativos a nivel externo, pero no necesariamente repercuten éstos en la calidad de la interacción y de la identidad adquirida. Destaco, en este aspecto, que ha cambiado el concepto de la solidaridad, de la interacción, de la identidad y de la participación. La socialización forzosa se modificó para generar experiencias privadas, pero con la conciencia de que

se adquirirían con ellas derechos y obligaciones, esto es, se reformuló la identidad anterior profundizando una más ciudadana, que reclamó la dignidad del individuo con derechos civiles —en este caso, la posibilidad de tener una propiedad privada con un valor de uso que estaría por encima, hasta ahora, del valor de cambio— así como con obligaciones —en este caso el respeto a las áreas comunes, establecer cuotas y roles de mantenimiento diario— pero que significan para todos, socialmente, el disfrute de un espacio público formado por el patio, las circulaciones y los accesos. Este es así un ejemplo donde se percibe la combinación de prácticas privadas y públicas que se expresan también en la ambivalencia de los espacios comunes que son al unísono públicos para los moradores de la vecindad y privados para los extraños.

A diferencia de esta experiencia, en otros predios, donde las familias se reubicaron en la misma vecindad pero el número de familias se mantuvo muy alto, por ejemplo en Regina 27 que cuenta con 39 viviendas, algunas vecinas consideran que antes del terremoto de 1985 existía mayores lazos de solidaridad entre sus habitantes. Pero ahora, con el cambio de régimen de propiedad se ha observado una actitud de mayor individualismo: “la gente se siente dueña de sus casas —explican con cierto desdén— entonces se gritan más, y quieren privatizar más y más áreas”. Desde esta óptica se puede decir que, en este caso, las redes de solidaridad han ido desapareciendo, debido a que el cambio de tenencia sí afectó el tipo de flujos de intercambio y comunicación previos. Cabe señalar que las características socio-económicas de las familias que habitan este inmueble son en general de menores ingresos que en las anteriores.

Finalmente, es razonable suponer que exista una diferencia en la satisfacción residencial de una fa-



Acceso Regina 27

milia que habita en un monumento histórico, a otra que reside en una casa de Renovación Habitacional debido principalmente a la calidad de la edificación, ya que las viviendas nuevas no son, ni en material, ni en diseño, ni en tamaño, una mejor opción a las viviendas antiguas. Elena Osorio, beneficiaria de una casa financiada por ONGS, ilustra lo anterior:

*Yo pienso que en un momento, la gente que tuvimos casas nuevas, estos 42 metros cuadrados, dijimos ¡Sí, qué padre!, ¡Vamos a tener casa nueva! Pero con el tiempo nos dimos cuenta que este espacio no era suficiente. Que familias de cinco integrantes, por ejemplo, estábamos hacinados igual, con mejores servicios, pero hacinados de todas formas. Fue un error haber aceptado este espacio de 42 metros".*

*"Lo que sí ha sucedido es que la convivencia entre los vecinos ha mejorado. La gente valora que antes se vivía en espacios más reducidos y con una letrina común para 35 personas. Pero sobre todo que ahora esto ya es tuyo, y de aquí no te sacan.*

13. Toda esta reflexión ha sido posible de la revisión de entrevistas realizadas en el último trimestre de 1995 con vecinós de los inmuebles de San Jerónimo 27 y 57, Isabel la Católica 37, 91, 93 y 95, Regina 27 y 42, y 5 de febrero 68.

El reducido espacio de las casas diluyó las expectativas de muchos, pero el cambio de propiedad, de nueva cuenta, constituyó una fuerte motivación para seguir manteniendo el edificio en buenas condiciones.<sup>13</sup>

Resalta de lo anterior que la identidad fue cambiando con el tiempo. A través de experiencias vitales, la significación de la convivencia se modificó al descubrirse un nuevo *nosotros* y una nueva diferenciación con respecto a los *otros*, no como resultado de la frustración y resentimiento por saberse desposeídos, sino de la autoconfianza por haber resuelto un problema del que se convencieron de las limitaciones del sistema social y no por causas de incapacidad personal. Fue creciendo una identidad que se reflejaba en solidaridades que en nada se parecían a las visiones locales de carácter restringido.

Ahora bien ¿cuáles fueron los factores que permitieron la transformación en las identidades? Resumo aquí tres discutidas más arriba: la primera fueron las experiencias colectivas de los participantes en un movimiento social que en términos generales fue muy exitoso.

En segundo lugar, habría que reconocer que no bastó con la simple participación. La acción de los sujetos se basa en la racionalización de las metas establecidas culturalmente y los medios elegidos para tal efecto (Weber, 1978; Merton, 1985; Melucci, 1988), pero habría que preguntarse si en un movimiento por muy exitoso que aparente ser, sus participantes alcanzan las expectativas individuales o de grupo que se trazaron en un inicio. Lo cierto es que éstas no son las deseables en todos los casos y el resultado de ello sí es aquí de frustración, enojo y resentimiento de todos aquellos persuadidos, después, de que la experiencia colectiva no sirvió al nivel de sus motivaciones y, entonces, se

generan procesos de ruptura y división organizativa.<sup>14</sup> Este proceso, que se da en oposición directa al de la cohesión e integración social, es más bien de anomia y desvinculación con el grupo, afectando especialmente la constitución de identidades colectivas y solidaridades en una vecindad, barrio, comunidad o centro de trabajo.

En tercer lugar, la formación de las identidades se debió al efecto combinado del espacio transformado y del cambio de régimen de propiedad sobre el comportamiento cotidiano. Fue un producto de la conjunción de la acción colectiva y el beneficio individual, de la búsqueda por un espacio público pero que permitiera el pleno disfrute del espacio privado. Puede desprenderse de aquí que la solidaridad que se ha ido constituyendo es flexible, no restringida ni sustentada en la rigidez de la homogeneidad, lo que permite que la acción que se produce a partir de ella no es resultado, insisto, de la frustración y el resentimiento, sino de la interacción comunicativa y la reflexión colectiva.

### III. Una reflexión al margen sobre la significación del patrimonio en la conformación de la identidad

Las percepciones que se tienen sobre el patrimonio cultural urbano son muy variadas, dependen principalmente de la topografía política y cultural de los actores sociales involucrados en la toma de decisiones sobre la ciudad. Discusiones recientes han hecho notar las diferentes formas de analizar la cre-

ciente dicotomía entre ciudad y barrio y la significación que esto puede tener con la práctica de la rehabilitación de los centros históricos: en primer lugar, destacan aquellos que argumentan que tanto el centro histórico como el barrio, son la célula urbana fundamental, impregnada de identidad y de vitalidad, que no deben modificarse, sino mantener sus estructuras propias de sobrevivencia. Están también aquellos que ven al barrio, al contrario, desde la ciudad, entendida ésta como totalidad. Para ellos, el barrio es cultura local y las masas, expresión de la enorme concentración urbana; serían así dos niveles diferenciados de identidad: los barrios son creados por la urbanización pero a su vez ésta va transformando las características de los barrios mismos.

Una tercera opción es la que propone ver el centro o el barrio como producto de constantes transformaciones históricas y, por lo tanto, de distintas formas de apropiación cultural y espacial por sus habitantes, esto es, de distintas formas de identidad; la modernización impacta y transforma las identidades barriales, no solamente a partir del desarrollo del capitalismo industrial, sino a partir de cualquier proceso histórico, económico, social y cultural, incluso de aquellos que se dan al interior del barrio mismo. Pero lo importante aquí, además, es ilustrar la existencia de actores sociales que toman iniciativas modernizadoras, por fuera y por dentro del barrio, y de otros que se van apropiando de tales iniciativas transformándolas y transformando la naturaleza de su propia acción colectiva en

14. Este aspecto de desorganización colectiva a partir de la ruptura entre las expectativas de los individuos y los medios institucionalizados, a la manera de Merton por ejemplo, es una línea de investigación que puede enriquecer el estudio de los movimientos sociales y los procesos de anomia que éstos presentan en un momento dado. Hasta ahora el estudio de

esta fase del movimiento es explicada por factores externos, tales como el control social, la represión o la intervención estatal, pero no se ha abordado con una perspectiva que combine la visión estructural y la fenomenológica, para explicarla integralmente.

tanto actores sociales. Una última visión es la que plantea entender al barrio como expresión concreta de identidades contradictorias, emergentes de una gran diversidad de culturas políticas. Según esta última es posible reconocer diferenciaciones a partir de la existencia y participación de grupos étnicos, sociales, religiosos y políticos, que pueden expandirse e impactar la constitución de la ciudad, con una visión amplia y no únicamente encerrarse en sí mismos. Serían localismos que buscan con pasión salidas políticas y culturales con la finalidad de apropiarse no solo del barrio sino de la ciudad para todos, como derecho ciudadano. Serían asimismo, identidades contradictorias que están impregnadas de violencia y machismo, consumismo y sobrevivencia, solidaridad y egoísmo, liberación y conformismo, tradicionalismo y movilidad social.<sup>15</sup>

De estos escenarios, habría que dar forma y contenido a una ciudad que está conformada por barrios con identidades restringidas, pero que constituyen un todo con otras formas territoriales. François Tomas (1996) sostiene<sup>16</sup> que el caso del Centro Histórico de la ciudad de México es ejemplar en el sentido de que la catástrofe de 1985 permitió hacer de éste un espacio combinado de funciones. Antes del terremoto la idea principal era refuncionalizar el Centro Histórico para ubicar en él actividades centrales y desplazar a los pobladores, mientras que algunas organizaciones sociales planteaban exactamente lo contrario, modificar el centro para dotarlo únicamente de vivienda popular. Cualquiera de estas políticas, estima François Tomas, hubiera tenido un impacto desastroso a ni-



Fachada impuesta por la normatividad (o intransigencia) del INAH, Regina 63

vel de la forma y de la vida urbana del lugar. Después del terremoto, con la reconstrucción y durante los últimos diez años de esta experiencia social, el centro de la ciudad de México debiera entenderse como un espacio combinado de funciones centrales de ciudad, funciones locales y vivienda media y popular.

Desde esta óptica, la concepción de la restauración, rehabilitación y reordenación de los centros históricos tendría que desterrar la idea de mantener, por cualquier medio posible, un espacio puro, que en realidad no lo es, ni puede serlo. El centro es hoy, no el reflejo de la vida prehispánica, colonial, liberal, moderna o posmoderna en su condición pura, castiza, sino producto de una cultura de amalgamas y mezclas. El Centro Histórico de la ciudad de México es fusión de estilos arquitectónicos y de mundos de vida, y así debería expresarse. Si, como hemos visto, desde el punto de vista social y cultural, la defensa a ultranza de la identidad barrial como forma estática es limitante, la visión de adecuar estilos arquitectóni-

15. Remito al lector a ver mi reflexión crítica publicada en *Anuario de Estudios Urbanos* No. 3, 1996, UAM-Azcapotzalco, sobre el libro "La Ciudad y sus Barrios" coordinado por José Luis Lee y Celso Valdez, UAM-Xochimilco, 1994.

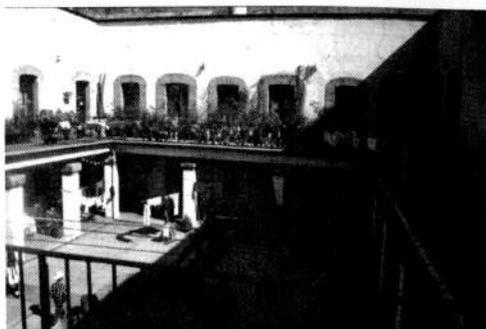
16. Conferencia "Proyecto urbano y proyecto de ciudad" de François Tomas en el Seminario Café de la Ciudad, versión Otoño 1995, coordinada por el Área de Estudios Urbanos, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco.



Interiores, 5 de febrero 68

cos y urbanos a una idea homogenizadora, como en los casos de Regina 63 y Regina 42, es igualmente absurda.

Cuando nos referimos a los centros históricos que-remos decir, también, que existen diferencias históricas entre distintas épocas y estilos que permanecen y coexisten con el tiempo. El de la ciudad de México, por ejemplo, necesita encontrar una identidad que sea resultado de una red de identidades (Krotz, 1993). Rodolfo Santa María reflexiona a este respecto (cfr. Lee y Valdez, 1994) cuando se habla de barrio ¿hablamos todos de lo mismo? ¿Es la misma escala la que todos identificamos? ¿Qué define a un barrio o a un centro? ¿Su historia empírica? ¿Sus transformaciones? ¿Ser parte de una totalidad? El dilema es si las transformaciones en los barrios son aceptables, o si por el contrario, la identidad de los barrios debe ser favorecida. Importa en esta perspectiva preguntarnos con franqueza: ¿a cuál identidad nos referimos, a cuál cultura? ¿Cuál es el momento histórico a detener de un barrio, al que habría que guardar celosamente su identidad y congelar su futuro? ¿A qué tipo de identidad nos referimos como la verdadera guardiana de la cultura? ¿A la identidad que se fundamenta en la religión católica, que en América Latina, sirvió de conquista espiritual de los coloniza-



Interiores, 5 de febrero 68

dores? ¿A la identidad que se formó en la época de la Colonia como producto de una mezcla profunda social, étnica y cultural? ¿A la identidad del barrio proletario? ¿Cuál es la identidad de los chicanos y de sus barrios, sino una mezcla de cultura latina, mexicana, y de prácticas de ciudadanía a la mejor tradición estadounidense, donde se revuelven y revuelcan los derechos ciudadanos, la discriminación social y el racismo, y experiencias colectivas e individuales devastadoras para muchos como lo fueron las guerras de Vietnam y del Golfo Pérsico? ¿No es esto una verdadera hibridez cultural?

El dilema de los centros históricos no se limita tampoco a la cuestión de si deben cambiar o no. El verdadero problema es quiénes deciden en la ciudad. Quiénes deciden si los barrios deben transformarse o no. Quiénes deciden el tipo de ciudad que queremos. El problema es, entonces, como espero haber mostrado aquí, de dar forma y contenido a una nueva cultura ciudadana, amplia, flexible y democratizadora.

#### IV. Conclusión

El objetivo principal de este trabajo fue explicar la construcción de un tipo de modernidad a través de

la formación de las identidades colectivas en torno al patrimonio cultural, describiendo un caso de estudio en el Centro Histórico de la ciudad de México. Intenté ilustrarlo asumiendo que la constitución identitaria es un proceso que no se acaba repentinamente, ni se mantiene permanentemente, y para ello realicé una descripción de los contenidos de las identidades durante el proceso de reconstrucción, inmediatamente después de los sismos de 1985, y a una distancia posterior de diez años.

Partí de la discusión abierta en la actualidad sobre la ciudad y el patrimonio cultural, en la cual se argumentan diferentes y opuestos significados sobre el tema, entre lo global y lo local, la modernidad y el tradicionalismo, la homogeneidad y la heterogeneidad. Recientemente, las políticas de privatización y de apertura del modelo económico orientado hacia la exportación, que limitan las acciones del Estado en materia de seguridad social, han traído de vuelta posturas neo-conservadoras, francamente individualistas y con miras a la rentabilidad de cualquier tipo de acción urbana, particularmente arguyen la necesidad de "rescatar" el centro de la ciudad. Es muy razonable pensar que el término "rescate" refleja sobremedida la estrategia de grupos sociales vinculados fuertemente a intereses empresariales, inmobiliarios y conservadores, que consideran haber perdido la zona central por inquilinos y pequeños comerciantes *indeseables*. Efectivamente, algunos empresarios, arquitectos, restauradores, historiadores, funcionarios y políticos coinciden en promover una estrategia de *gentrificación* del Centro Histórico, esto es, refuncionalizarlo por medio de fuertes inversiones dirigidas a cubrir las necesidades recreacionales de las clases altas de la ciudad. En tal perspectiva, "rescatar" el centro no únicamente significa para ellos la restauración de los "palacios" de la antigua ciu-

dad, buscando con nostalgia el regreso al pasado, la ciudad *museo*, sino que los usos de vivienda y servicios urbanos a los que se destinen algunos de los inmuebles deberían estar orientados para aquellos que puedan pagarlos. Un Centro Histórico, repiten insistentemente, debe evitar la construcción de vivienda popular y a los vendedores ambulantes, que son los verdaderos problemas del deterioro urbano.

A diferencia de esta visión, el análisis destacó la experiencia de sectores populares durante la reconstrucción, que habían residido por muchos años, previos al terremoto, en inmuebles catalogados como monumentos históricos en estado ruinoso. El estudio demostró que las políticas urbanas de "rescate" del Centro Histórico no pueden concebirse sin la participación y presencia de este sector fundamental de la sociedad. No obstante, la óptica del trabajo no pretendió preestablecer una apología de los sectores populares, sino describir el proceso de formación de una identidad colectiva que fue por demás contradictoria, en partes paradójica, con fuertes influencias del exterior y resultado de las profundas interacciones y roces sociales que se dieron.

Durante la etapa de reconstrucción, se mostraron cuatro fases en la formación de las identidades colectivas que se establecieron en relación con el patrimonio cultural. Fases estas que se delimitan por medio de los estímulos externos y la interacción comunicativa entre distintos actores, que son: a) la experiencia vital de los pobladores a raíz de sus posiciones y roles sociales; b) los factores precipitantes, de tipo coyuntural; c) la interacción comunicativa; y d) la fase en que se confrontan y redefinen las estrategias socio-espaciales.

Acerca de la existencia de una identidad cultural después de diez años de convivencia social, subrayé la importancia del territorio como referente cultural y la relación que se establece entre la ca-

racterística del espacio urbano y arquitectónico con el comportamiento; además la importancia de combinar prácticas sociales y privadas que se reflejan en definiciones flexibles del espacio público y privado, en otras palabras, ni una defensa a ultranza de la privatización, ni a la idea totalizadora del colectivismo.

Las conclusiones finales considerarían la necesidad de desplazar las perspectivas extremistas sobre la ciudad y su modernidad, pensar a ésta como una red de redes culturales, una mixtura de conspiración, cultura y heterogeneidad. Concebir una ciudad viviente, como si fuesen muchas ciudades dentro de una más global, que se forman con una diversidad de identidades, históricas y contemporáneas.

La ciudad central no tiene que ser entendida como un historia obsesiva, sino como proceso histórico, cambiante y transformable.

La opción colectiva que se abrió aquí fue la posibilidad de combinar la estética, la participación y el esfuerzo de reducir la distancia social. Que buscó el bienestar individual tanto como las expresiones de solidaridad, dicho así, la conexión entre las motivaciones individuales y la conciencia social. El trabajo intentó reflexionar, en suma, la manera en que los actores sociales se apropian de su propia idea de modernidad, por medio de una participación ciudadana distintiva. Si esto se lograra identificar, ayudaría mucho a ser menos rígidos en nuestras visiones.

## Bibliografía

- BERMAN, Marshall (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México: Siglo XXI editores. Sexta edición en español, 1992.
- GONZÁLEZ de León, T. (1988). "La ciudad iluminada: las posibilidades de la luz" entrevista. En *Artes de México*, Número 1, nueva época, otoño de 1988, tercera edición: invierno de 1993. México.
- ITURRIAGA, José E. (1994). "Contribuciones para el rescate de algunos testimonios de un pasado capitalino". En Isabel Tovar de Arechederra y Magdalena Mas (comps.) *Reencuentro con nuestro patrimonio cultural, ensayos sobre la ciudad de México*, Vol. VI. México: DDF, Universidad Iberoamericana y CNCA.
- ITURRIAGA, José E. (1988). "La ciudad recuperable, un proyecto de rescate". En *Artes de México*, Número 1, nueva época, otoño de 1988, tercera edición: invierno de 1993. México.
- KROTZ, Esteban (Comp.) (1993). *La cultura adjetivada*. México: UAM Iztapalapa.
- LEE, J.L. y Valdez, C. (comp.) (1994). *La ciudad y sus barrios*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- LOMNITZ, L. (1989). *Como sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI Editores.
- MEAD, George H. (1964). *On Social Psychology*. Chicago: The University of Chicago Press.
- MORALES, Ma. Dolores (1994). "Cambios en la traza de la estructura vial de la ciudad de México, 1770-1855". En Regina Hernández F. (comp.). *La ciudad de México en la primera parte del siglo XX*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Vol. 1.
- MELUCCI, A. (1996). *Challenging Codes, collective action in the information age*. Cambridge: Cambridge University Press
- (1989). *Nomads of the Present, social movements and individual needs in contemporary society*. Philadelphia: Temple University Press.
- MERTON, R. (1995). *Teoría y Estructuras Sociales*. México: Fondo de Cultura Económica, tercera edición.
- RODRÍGUEZ Kuri, A. (1996). *La experiencia olvidada. El ayuntamiento de México: política y gobierno, 1876-1912*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco y El Colegio de México.
- SERNA, Leslie (1995). *¡Aquí nos quedaremos...! Testimonios de la Coordinadora Única de Damnificados*. México: UAM y UUVYD.

- TAMAYO, S. (1996a). *Violencia y no violencia en los movimientos sociales*. México: UAM-Azcapotzalco.
- (1996b). "La teoría de la ciudadanía en los estudios urbanos: Estado y sociedad civil, derechos ciudadanos y movimientos sociales". *Anuario de Estudios Urbanos*, No. 3, 1996. México: UAM-Azcapotzalco.
- (1989). "El Programa de Renovación Habitacional Popular (Análisis sin eufemismos)". *Ciudades 1*, enero-marzo, 1989: 56-64.
- TOMAS, François (1996). "Del Proyecto urbano al proyecto de ciudad". En *Anuario de Estudios Urbanos* No. 3, 1996. México, UAM-Azcapotzalco.
- (1994). "La ciudad y las estrategias socioespaciales". En *Revista Mexicana de Sociología* 4/94. México: 1994.
- WEBER, M. (1978). *Economy and Society*. Berkeley: University of California Press.